

ESTE PERIÓDICO

SE PUBLICA

LOS DOMINGOS.

PRECIOS DE SUSCRICION:

EN LA HABANA,

4 pesetas sencillas

AL MES,

y en el interior

UN PESO,

FRANCO DE PORTE.

El número suelto

VÉNDESE EN LA IMPRENTA

A DOS RS. FUERTES.



LA REDACCION

ESTÁ SITUADA

CALLE del OBISPO

número 22,

LIBRERÍA É IMPRENTA

"EL IRIS,"

A DONDE

PODRÁN DIRIGIRSE

los avisos

Y RECLAMACIONES.

La Administracion

ESTÁ EN EL MISMO

ESTABLECIMIENTO.

## DON JUNÍPERO.

Periódico satírico-jocoso con abundancia de caricaturas,

DIRIGIDO POR

D. VICTOR PATRICIO DE LANDALUZE.

### EL LEMA DEL SIGLO.

(FINALIZA.)



ECORRIÓ sus estados y vió por donde quiera una calma insoportable. Miró los caminos y los caminantes le parecieron tortugas; miró los mares y las naves le parecieron inmóviles; observó los hombres y le parecieron topos, y cogiendo una gigantesca caldera la hizo hervir y luego

esparció el vapor por toda la tierra diciendo: «Tomad, con esto andareis!»

Inspirados por él, los hombres apriaron aquellas ondas leves en máquinas y volaron. Ya no se anda ni se corre; se vuela. ¿Qué nos importan las distancias si las salvamos? ¿qué los precipicios si los saltamos? ¿qué los montes si los traspasamos? ¿qué los mares si los surcamos con una velocidad que el águila misma mira asombrada? Ya las leguas se han convertido en varas, las horas en minutos, los quintales en on-

zas, merced á esa fuerza prodigiosa del vapor. Ayer los pueblos distantes se eran extraños; ayer para la Europa la Oceanía, por ejemplo, era casi otro planeta; hoy todos los pueblos son uno solo.

Cuando recorremos en todos sentidos nuestra bola de barro parece que el siglo nos va arreando y gritando: «de prisa, pronto.»

Al amigo que ayer estaba en San Petersburgo hoy le estrechamos en París la mano. Con el tiempo, si un americano al llegar á Europa se acuerda que se dejó olvidada la petaca, se volverá por ella como si tal cosa.

El vapor es el brazo gigantesco que mueve el taller que antes movían millares de manos liliputienses. Las rápidas ruedas dentadas suceden á los lentos dedos, el agua á la sangre, la mecánica á la inteligencia, la máquina al obrero: un muerto sustituye á los vivos; el hierro trabaja en vez de la carne. El taller perdió su vida, pero ganó en velocidad: anda de prisa, hace mucho y esto basta en este siglo.

El viento que antes era emblema de la ligereza huye avergonzado: él que antes impulsaba á las naves, si sopla hoy, es por costumbre ó por rabia. No sopla para impeler sino para castigar y

sumergir los bajeles insolentes que de él se burlan y que en sus líquidas narices se ponen á bailar con la hélice un vals ó un rigodon como en una sala. El mar, ese tremendo mar antiguo murió; el mar moderno es un charco algo revoltoso. Antes se podían contar casi por olas las navegaciones; hoy por millas, mañana por millones.

El vapor es la mano del siglo y con ella hace todo; el hierro es el pie con qué anda. El vapor es el nuevo agente de la sociedad, el motor de los cuerpos y aun de las almas. Hay en nosotros algo del hervor del agua caliente, algo de la fuerza del vapor que nos impele sin saber donde y contra nuestra voluntad. Ayer el movimiento era la muerte y hoy la actividad es la vida. ¡Felices vosotros, brutos de carga y de tiro, el siglo viene á libertaros, el agua hirviendo es vuestro redentor!

No le bastaba al siglo andar de prisa, quería hablar lo mismo, y como se habla mas de prisa que se anda, buscó cosa mas ligera que el vapor. Halló la electricidad y dijo á los hombres: «con esto hablareis». Y en efecto, las naciones asomadas, no á la ventana como vecinos, sino á unos alambres, están charlando unas con otras, contándose su vida y milagros, anunciándose sus



proyectos, metiendo chismes como criados y porteros. Hoy, á veces está pendiente de un hilo toda una nacion, ó toda su voz en forma de chispa va en un alambre. Un simple alambre lleva el anuncio de un combate, la caída de un imperio, sin meter ruido ni reben-tar caballos, con una serenidad de ánimo estoica y admirable. Cuando miramos un hilo del telégrafo sin decir esta boca es mia, ¡que agenos estamos de que acaso nos trasmite la noticia de una desgracia que nos está acaeci-endo á centenares de leguas! Mágico espíritu del siglo que circunda y vivifica todo, la chispa eléctrica es la vida de la so-ciedad, que suprime el tiempo y no acorta sino anonada la distancia.

Hoy las batallas se deciden en minu-tos. Las balas en alas del espíritu del siglo van desbocadas por el aire. En unos cuantos días destruyen fortalezas, en unos momentos tiran por tierra mil-lares de hombres. Ya se han inventa-do máquinas que en unos cuantos em-pujones hacen trizas una escuadra. Las balas son la homeopatía moderna; unos cuantos glóbulos de estos tienen tal po-der que, echados en vasos ó cañones rayados y disueltos en unas cucharadas de pólvora, sanan ó matan á una nacion.

En su reformista ligereza el siglo in-ventó la Bolsa ó sea el ferro-carril del dinero. Gracias á este invento, calenta-da la máquina con el carbon de una noticia, subiendo ó bajando el piston, en un día construye ricos ó fabrica po-bres. Antes un hombre solia arruinarse en algunos años, hoy se arruina de un golpe y pierde todo, desde su casa has-ta su pellejo, todo, *todo hasta el honor*. Entró rico, salió pobre: mas pronto no pudo hacerlo.

Con unas cuantas mechas encendi-das se inunda de repente de luz á una poblacion entera con el *vapor lumino-so* llamado gas, que apenas una llama le dice: «alumbra,» dice «aquí estoy.»

Los duelos hoy son á escape. Anti-guamente los valientes para llegar á la carne tenían que estar machacando los escudos y taladrando el acero horas y horas con gran ruido y movimiento. Hoy los desafíos, ó son pretesto de un almuerzo despues de un par de tiros, ó, si vá de veras, en un segundo cae un combatiente, sin decir «ay» atravesado por una bala ó un florete. Así lo quiere el siglo.

Los casamientos ó no se hacen ó se hacen por la electricidad. Fulano tiene tanto, Mengana cuanto. ¿Se convien-en? si. Se echa una bendicion sobre el tanto y el cuanto reunido y ya está hecho todo. En cambio la felicidad conyugal suele irse volando, y los dis-gustos y las disensiones vienen por el tren del fastidio; llegan, se apean, in-vaden el hogar y todo lo destrozan á fuer de buenos invasores. Son los Hunnos morales de la felicidad condu-cidos por el destructor Atila moral de la discordia.

El lujo es el *vapor* que en pocos me-ses consume fortunas enteras, es la cal-dera que se alimenta con el carbon de uestras rentas y anda con la sangre

de nuestras venas y aun con las lágri-mas de nuestros ojos, que segun San Agustin, son la sangre del alma y que hoy, segun Yo, son la sangre del bol-sillo.

Hoy se escribe al vapor. Las cabezas arden, los tinteros hierven é impulsados por este fuego y esta agua, corren las plumas por el carril del papel, sin pararse á ver ni por donde van ni que es lo que dejan detrás; andan, corren, vuelan, escriben tomos y tomos, diarios, novelas al por mayor, zarzuelas por fanegas, periódicos por varas. ¿Son buenos los escritos? Que importa. ¿Son muchos? sí: pues esto le basta al siglo. Dumas es el maquinista de esta locomotora ideológica.

Gracias á las máquinas de coser, en pocas horas nos visten de pies á cabeza y de cabeza á mas si mas tuviéramos.

Las casas caen y se levantan como al mandato de un mago. Aunque se hundan no importa, y si esto es pronto tanto mejor: vivieron y murieron de prisa que es lo que hace al caso.

Las calles ya se riegan á la usanza del siglo. Se abre una boca no para co-mer sino para vomitar agua mas impa-ciente que un presidiario por escaparse de su prision férreo-subterránea. En poco tiempo la polvareda que invade el aire se torna lodazal que cubre el suelo, y el lodazal echa á perder en un día las ropas destinadas á vivir acaso años en-teros.

Ya vemos como el siglo todo lo mue-ve é impulsa hácia su fin que es la prontitud. Pasaron los tiempos de la espada en que el elemento era el acero y el móvil el honor; huyó la época del libro en que dominaba el pergamino y campeaba el ingenio; estamos en el siglo de la máquina.

Algunas reformas le quedan por in-troducir en los 37 años que le quedan de reinado. Una de ellas es deshacer donde le encuentre ese círculo de hier-ro entorpecedor, que los políticos lla-man centralizacion, y los que no son políticos pueden llamar estorbo. El siglo quiere muchos centros y ruedas pequeñas; las ruedas cuanto mayores giran mas despacio y el siglo necesita muchas que giren de prisa y den mu-chas vueltas en poco tiempo. Con dos ruedas anda una carreta, con ciento un tren. ¿Cuál adelanta mas?

Si el cronócrata no se detiene en el camino reformista, si no grita «basta,» si no escribe el *non procedis amplius*, va á hacer de las suyas. Las noches de los polos serán de seis semanas; los emba-razos de las mugeres durarán nueve días; las carreras de los hombres serán de caballos, en un mes darán la vuelta al hipódromo político, y de escribientes llegarán á ministros y de ministros á jubilados; con los abonos brotarán los jardines y las mieses en pocas horas; los globos atravesarán, como Pedro por su casa, el mundo, que es algo mayor que la casa de Pedro. En fin; ¿quién sabe lo que hará este siglo, llevado cuando niño de sus antojos, cuando jóven de sus calaveradas y cuando viejo de sus chochees?

Cuando escribimos de corrida, cuan-do viajamos exhalados, cuando cons-truimos á galope, cuando hablamos ta-quigráficamente, cuando vivimos por la electricidad, vamos impulsados por esa fuerza oculta del siglo que vive in-visible en nuestro pecho, que corre por nuestras venas, que mueve nuestros músculos, fuerza que á la sociedad, er-rante como el Judío, la empuja, voz secreta que le grita: «corre, corre á tu redencion ó á tu perdicion.»

Esto sucede en nuestra tierra, que por esos mundos del espacio, quién sabe como irá ello. Quizás se formen imperios, nazcan y mueran generacio-nes en el espacio de un día, como esos animales microscópicos que vemos na-cer, crecer y morir en breves instantes. O acaso sometidos á otras leyes, em-pleen los hombres un año nuestro en escribir una esquila de amor, cuarenta y ocho horas en dar los buenos días, un par de meses en ponerse los zapatos, ocho en afeitarse, veinte y cuatro horas en pestañear. ¿Sabemos acaso lo que pasa fuera de nuestra vista, cuando ig-noramos lo que sucede en nuestras barbas?

No censuren los moralistas la preci-pitacion de esta generacion, porque al correr obedecemos al que nos ha quita-do el freno y nos ostiga, llevándonos desbocados; al siglo *Vapor I*, que tuvo el antojo de gritar con voz de trueno: PRONTITUD.

LA LOCURA.

## HACER DINERO.



ACER VIDA: he aquí una frase que puede sustituirse á la que encabeza estas líneas.

El hombre, mientras está en la inopia, es un feto. Necesita para ve-nir á la vida, es decir, al dinero, el auxilio de un comadron, ya se presente éste bajo la forma de una lotería, de una herencia, de un empleo, ó bajo la forma del trabajo. No cuento los medios ilícitos, porque nadie me hace creer en absoluto que se puede vivir con lo que se adquirió de mala manera.

Poseér es respirar, carecer es cesar. Un cesante es el proyecto de un átomo.

Todo el mundo quiere tener dinero para gozar; pero el goce que propor-ciona el dinero, consiste en satisfacer una necesidad real ó imaginaria, ¿nó es así?

Uno de los medios de llegar á tener, es ahorrar: ahorrar es hacer economías. ¿Qué es economía? Analizemos. Eco-nomía es la supresion de necesidades.

Tenemos, pues, que el que ahorra pa-ra tener, suprime sus necesidades para



llegar á poseer los medios de crearse necesidades. Mal negocio.

Pero nó. También se economiza para la vejez, porque en la juventud se prepara el hombre para descansar. Pero que triste prevision! ¿Qué dirían Vds. de un hombre que en cabal salud comprase medicamentos porque puede llegar á enfermarse?

Y eso que mas fácil es enfermarse que llegar á viejo. Doy fé, porque lo primero me ha sucedido varias veces, y aun no tengo síntomas de lo segundo.

No se crea que repruebo la economía. Es una virtud que admiro como admiro tantas cosas que creo superiores á mis fuerzas. Cuando veo á un hombre hacer la cabeza de hierro en el trapecio, me duelen las rodillas de pensar como un semejante nuestro puede tener de hierro lo que sus prójimos tienen de carne y hueso.

El guardar dinero dejando necesidades por satisfacer, es hacer una cabeza de hierro en el trapecio de la vida.

Es verdad que hay habilidades bien extrañas en este mundo, independientes de la inteligencia, y para explicarse uno de algun modo, tiene que creer son hijas de organizaciones especiales, que es lo mismo que si dejára la cosa sin explicar.

Conocí á un negro que cazaba ratones con la misma destreza de un gato; pero gato diestro, no de esos que crían las viejas en las casas de familia y que solo sirven para dejarse acariciar y rascar la barriga en las faldas de sus amas, los muy holgazanes; que hasta en los animales existe la aristocracia del nacimiento, y no parece sino que Dios forma gatos y perros para administradores de alguna cosa, del mismo modo que cria hombres para cazar ratones, y ratones para cazar gatos, y hombres para guardar dinero, y dinero para que unos hombres lo guarden y otros lo derrochen, y otros ni lo derrochen ni lo guarden porque no lo tienen.

Cuántos hay por naturaleza despilfarrados, que se proponen hacer dinero, y lo consiguen empezando por violentarse al principio para hacer economías!

Y cuántos hay también que acaban por acostumbrarse á no gastar, y cuando llegan á poseer riquezas, ya estas les son innecesarias cuando no se vuelven objetos de cavilaciones, que dan mas quebraderos de cabeza que los que sufren los verdaderos necesitados.

Oh! si la moneda hablára, ella podría suministrar un profundo conocimiento del corazón humano, porque ella conoce los mas recónditos pliegues del bolsillo.

Y el bolsillo es en nuestros días la ante-sala del corazón.

Preguntad á una onza de oro lo que ella ha visto la víspera..... de fijo, nada os contestará, pero si supiera hablar os contaría algo parecido á esto.

«A las dos de la mañana estaba yo en vela al lado de una sota, á la altura de la mitad de la carta donde mi amo me colocó para indicar que iba *librando* la puerta. Mal librado salió él mismo, porque á las tres cartas corridas vino la contraria, que era un rey de espadas, primero que salió ganando en toda la noche. Con el advenimiento del monarca pasé á manos del banquero, y en seguida á otras y á otras, hasta que volví á parar á manos del banquero en definitiva.

Este me cambió en cuatro doblones, y yo pasé á la gaveta de un café donde no permanecí ni diez minutos sin que me entregaran en manos del cobrador del gas, quien me reunió con otras onzas que se dieron luego en el muelle en pago de no sé que cosa. Allí me caí y como mi nuevo propietario no me echó de ver, me recojió un vago que á la sazón se encontraba allí cerca. Pasé en seguida por manos de distintas personas: llegué luego á una casa de comercio y salí de la caja junto con otra de mi especie y las dos fuimos entregadas á un dependiente que nos pidió adelantadas.

En suma, he estado en gavetas perfumadas, en cajas de hierro, en bolsillos de piqué, en portamonedas de cuero, me han llevado en coche, me han cambiado, me han pedido prestada, no me han devuelto, he oído llorar, reír, he oído cognac, he escuchado pronunciar palabras en todos los diapasones, y cuando se suscitaba alguna dificultad, á mi sola presencia se desvanecía.»

Estas ú otras cosas semejantes diría la onza de oro, cuando no referiría que estuvo por mucho tiempo encerrada sin ver el sol, hasta que algun incendio, ó la muerte de un avaro la hiciera salir de su escondite, tal vez para pagar las costas que dos ó mas ambiciosos herederos hicieron nacer por causa de pleitos suscitados por el fallecimiento de un hombre que hizo dinero.

El hombre que honradamente hace dinero por medio de su trabajo, merece que el cielo le conceda trescientos años de vida en una tierra donde no haya pulgas, ni mugeres conversadoras, donde no llueva ni haga calor, donde no se pague alquiler de casas, ni haya poetas que lean sus manuscritos en los cafés, donde no haya porteros atrevidos, ni cuñadas filantrópicas, ni mozi-

tos que le enamoren las hermanas, ni otra porción de cosas que en este planeta ofrecen peripecias y sinsabores.

El que ha sido simple dependiente y ahorrando peso tras peso, vive mas despacio que sus zapatos, ganando ahora media onza, mañana tres doblones y licencia para salir un domingo cada dos meses á ver *El Puñal del Godo*, ó *Don Juan Tenorio*, el que ha tenido que sufrir con santa resignacion los arrebatos de mal humor que su *principal*, mas ó menos bien criado, hace recaer en los inferiores para desahogar la bilis que un mal negocio le acumuló en el hígado, el que se oye llamar *gazndpiro* veinte veces al día, sin justo motivo y no manda á su principal á paseo, sino que le tolera y contempla, ante la consideracion de que pierde el destino, el que almuerza, come, trabaja y duerme sin mas idea fija que la de hacer dinero, ¿no merece, cuando realiza su esperanza, poseer todas las comodidades que puedan apetecerse?

¿Cuántos hay de esos hombres que yo llamo *cabezas de hierro*, que esperan como en un escalafón, el día que les toque ascender á dependientes de escritorio! Y á veces resulta que despues de dos ó tres años de constante servicio, llega un sobrino del dueño, recomendado desde San Feliú, ó un futuro cuñado, ó cualquier privilegiado, en fin, que viene á saltar por sobre los fueros que la antigüedad y los constantes méritos tenían adquiridos!

Apesar de todas estas cosas, el hombre continúa firme haciendo su plancha gimnástica, y si la fiebre amarilla ó la disentería colorada no lo arrebatan á las delicias de este mundacho, al fin logra el candidato resolver el problema suspirado.

Por fin sale á la luz del día; ya no vende, sino compra. Ya no obedece, ahora manda, comprende la diferencia que hay entre proteger y explotar, porque lo ha aprendido con el sudor de su frente.

Mil hay que asisten á los funerales de su propia juventud, y entran con la cabeza cana á disfrutar la herencia que han obtenido de sí mismos.

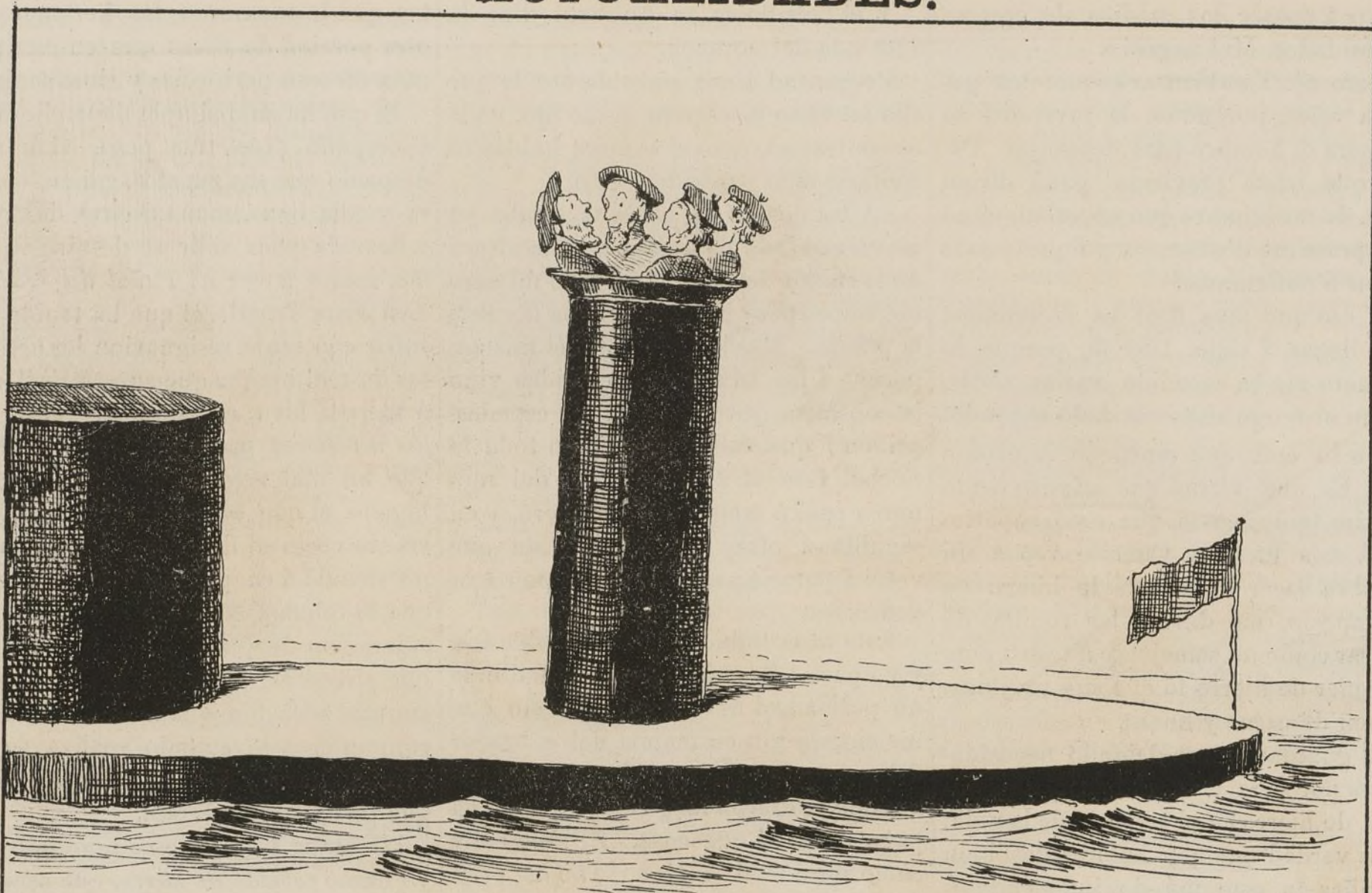
Felices, entónce, si las sociedades anónimas, las cotizaciones de azúcar, los fiados, los amigos, los incendios, la belleza, las malas cosechas, no echan á pique el barco botado al agua á fuerza de tantos trabajos!

Es muy bueno hacer dinero:  
Pero mejor es tenerlo hecho.

BR. LINAZA.



## ACTUALIDADES.



La tripulacion de un Monitor tamando el fresco.



Nuevo sistema para obligar á rendirse á la tripulacion de un Monitor.



CUADROS PLÁSTICOS.



La vida de la mujer.



## ALBERTO DE KERBRIANT.

POR MERRY.

Traducido para "D. Junipero."

Cardan se inclinó en la actitud de un hombre que se resigna y dijo:

—No quiero negar á mi suegra el primer favor que me pide; marchemos.

En las disposiciones para la marcha que hicieron Cardan y la buena viuda convinieron que Proghère, el supuesto ayuda de cámara, se quedase en el campo para cuidar de los equipajes y de los demás intereses de la familia que allí quedaban, y que se le dejase una cantidad de dinero para los gastos previstos é imprevistos.

Al día siguiente, antes del amanecer, la Sra. de Mellan, su hija y el galeote marcharon por la posta hacia Marsella.—Cardan se proporcionó en esa ciudad un pasaporte para España, y pocos días después se apeaba, con las dos señoras sus víctimas, en el hotel de Asturias, en Barcelona.

Los anales del crimen ofrecen pocos ejemplos de una historia en que lo increíble desempeñe tan gran papel como en esta. Por lo demás, si estos sucesos no fuesen extraordinarios, no merecerían ser contados.

Cosa de dos semanas después de la marcha de la Sra. de Mellan, el joven Alberto de Kerbriant desembarcaba en el muelle de Tolon, delante de la casa del Ayuntamiento, y sin darse tiempo para cambiar el traje con que llegaba de las Indias, corría en busca de la Sra. de Mellan. En las oficinas del Correo le dieron la dirección de la casa de campo, y nuestro marino montó sobre el primer caballo de alquiler que halló y en tres galopadas llegó á ella.

Llegar de las Indias con la risueña perspectiva de un matrimonio improvisado con una joven millonaria, saltar en tierra, ver la casa donde habita la joven desconocida y adorada: todo eso no sucede mas que una vez en el mundo, y además creo que no hay en él cosa mas agradable.—El joven Alberto se estremeció al ver el emparrado italiano, á través de cuyos pámpanos creía divisar hermosas cabelleras y nubes de muselina blanca: allí estaban su futura familia, su felicidad, su fortuna, su porvenir. Se desmontó al fin de la alameda, y llegando al terrado, presa de una extraordinaria agitación pronunció el nombre de la Sra. de Mellan y el suyo. Un grupo de señoras y de jóvenes se levantó silenciosamente al oír al joven, y todas las miradas asombradas interrogaron al recién venido, á quien nadie conocía.

Desconcertado por un momento con aquella extraña recepción, Alberto de Kerbriant pensó que había equivocado la casa, y se disculpó con las siguientes palabras:

—Perdonad, Sras.; he equivocado el camino y eso no es raro: hay tantas casas de campo en esta llanura sin calles y sin números, que he tomado esta por otra, aunque me habían dado muy bien las señas.

Una Sra. de alguna edad tomó la palabra, y dijo al marino.

—Puede ser que no se haya V. equivocado, caballero. No vivimos en esta casa de campo sino desde la semana pasada, y la Sra. de Mellan era quien vivía aquí antes que nosotros: los arrendatarios nos lo han dicho, y se lo dirán á V., como yo se lo digo.

—La Sra. de Mellan se ha ido entonces á la ciudad? preguntó el joven agitado por un siniestro presentimiento.

—No, caballero: ha marchado en silla de postas con su hija y su yerno.

—Su yerno! gritó el marino con una voz extraña.

—Su yerno, ó al menos, el joven que debe casarse con su hija Ana.

Alberto de Kerbriant reconcentró toda la fuerza de su alma, y avergonzado de manifestar su emoción á personas extrañas, dió un aire de natural serenidad á su fisonomía, á su voz y su actitud, y dijo:

—Dispense V., Sra., si entro en pormenores que pueden parecer indiscretos: una sola pregunta, si V. me lo permite: ¿ha oído V. nombrar á ese yerno, á ese joven que debe casarse con la Srita. Ana de Mellan?

—Oh! es un nombre aquí muy conocido, en esta casa: las criadas se lo han dicho muchas veces á los arrendatarios y á todos los de las cercanías; la Srita. Ana se casa con Alberto de Kerbriant.

—Lo sé!..... dijo el verdadero Alberto.

—Ya vé V., caballero, que estamos bien informados. A la hora esta el matrimonio debe haberse celebrado.

—Con el Sr. de Kerbriant! exclamó el joven con una voz espantosa, que hizo estremecerse á todos los testigos de esta escena.

Todos hicieron signos afirmativos con la cabeza.

—Con el Sr. de Kerbriant! repitió el infortunado Alberto con la misma desesperación, bien conocen Vdes. que eso es imposible! Yo soy Alberto de Kerbriant y vengo á casarme con Ana de Mellan! Esto es un misterio horrible! Algun bandido ha interceptado mis cartas, y usurpado mi nombre! Qué espantosa revelación!

Se sentó lentamente en el banco del emparrado, secándose el frío sudor de su frente.

Un acceso de cólera le hizo en breve levantarse con viveza: comprendió que toda la razón que le asistía, toda su serenidad de marino, toda su sangre fría de hombre le eran necesarias para descubrir y castigar una acción infame, sin ejemplo en esta sociedad.—Se despidió de los señores de la casa de campo, disculpándose por haber turbado su soledad: recorrió los alrededores para recoger informes de los arrendatarios, y, cuando supo por datos ciertos la hora, el día y el punto á que se habían dirigido, no perdió un instante mas y se lanzó en seguimiento del raptor.

En Marsella recorrió todos los hoteles de lujo, y desde los primeros informes que pidió en el hotel de los Emperadores, el inteligente y listo Castel reconoció á las dos viageras y al viagero: dijo á Alberto de Kerbriant que las tres personas que buscaba con tanto interés, habían estado dos días en casa y que se habían embarcado para Barcelona. Castel dijo hasta el nombre del banquero á quien había dirigido al supuesto Alberto de Kerbriant, pues esto necesitaba una letra de cambio de 15.000 francos para su suegra, cuyo poder tenía. El joven marino corrió á casa del notario y del banquero indicados. No solo los informes de Castel eran completamente exactos, sino que Alberto de Kerbriant reconoció en casa del banquero su propia firma, falsificada con tal habilidad, que revelaba una mano de presidiario falsificador. Esto fué un rayo de luz para el joven. Tomó caballos de posta y en menos de cinco horas estaba en Tolon en casa del Sr. Comisario de la cárcel de los galeotes,

quien le informó de la evasión de Cardan, bigamo y falsificador, y le dió sus señas.

Aquella misma tarde partió Alberto para Barcelona, llevando de otros utilísimos informes y una carta para el cónsul de Francia.

Era necesario seguir volando la trama de esa terrible intriga: un minuto perdido podía acarrear una desgracia irreparable.

Apénas desembarcó en Barcelona, Alberto de Kerbriant corrió á casa del cónsul. La noche tendía su manto sobre la ciudad: eran las 9.

(Continuará.)

## CANCION.

(DE BYRON.)

CUYA PROSAICA TRADUCCION ES DEDICADA Á LOS  
TOMISTAS DE BUEN TONO.

Llenad la copa otra vez porque jamás había sentido la alegría que ahora se entraña hasta el fondo de mi corazón. ¡Bebamos! ¿Quién no querría beber puesto que en el curso variado de la existencia, solamente en la copa no se encuentran decepciones?

Yo he probado cuanto puede ofrecer la vida en su carrera; me he entusiasmado bajo los rayos de unos ojos negros é inquietos; he amado—¿quién no he amado? pero, ¿qué corazón puede afirmar que el placer existe donde está la pasión?

En los días de mi juventud, cuando el corazón se hallaba en su primavera, soñé que los afectos nunca se separaban de nosotros: ¡tuve amigos!—¿quién no los tiene? pero, ¿qué lengua puede sostener que los amigos son tan fieles como tú, rosado vino?

El corazón de una querida puede sernos enajenado por cualquier rapazuelo: la amistad se evapora á un rayo de sol: tú nunca puedes cambiar; envejeces, ¿quién no envejece? pero, ¿qué cosa hay en la tierra cuyas virtudes, como las tuyas, aumenten mas y mas con los años?

Sin embargo; si obteniendo el bien mayor que el amor puede conferir, alcanza algún rival á doblegar nuestro ídolo terrenal, nos ponemos celosos: ¿quién no es celoso? Tú no causas semejante pena porque mientras mas personas acudan á gozar de tus favores, mas los gozamos nosotros.

Cuando la estación de la juventud y de las vanidades ha pasado, buscamos la copa como último recurso; y entonces encontramos—¿no es verdad?—en la ebullición de nuestro espíritu, que la verdad, como antaño, está confinada en la copa.

Cuando la Caja de Pandora fué abierta en la tierra y la Miseria comenzó su triunfo sobre la Alegría, quedó la Esperanza—¿no es cierto? pero, qué caso ha de hacer de la esperanza quien libando la copa está seguro de alcanzar el placer?

¡Viva la viña! porque cuando el verano se ha ido, la edad del néctar hace alegre la nuestra. Debemos morir: ¿quién no morirá? Sean perdonadas nuestras culpas, y Hebe jamás estará ociosa en el cielo.

ALBÉRICA.



# GOOD BY.

CONTRADANZA DEDICADA A UN CALAVERA RECIEN-LLEGADO DEL CANO:

ESCRITA ESPRESAMENTE PARA EL PERIÓDICO "DON JUNÍPERO"

por

J. R. CRESPO.

PIANO.

1.<sup>a</sup> 2.<sup>a</sup>

(Hablando)

¡Good by!

D. C.



## JUNIPERADAS.

La compañía de ópera que funciona en el teatro de Villanueva, se exhibió por segunda vez en la noche del juéves último.

El público hizo completa justicia á los artistas. Galante con la Srta. Cadenas, la aplaudió en sus dos árias. Estos fueron aplausos de buena fé y nos alegramos de ello, pues servirán para animar á la jóven cantante que con las excelentes facultades que posee, podrá figurar dignamente en la escena lírica si la suerte le depara un maestro que sepa aprovechar sus disposiciones.

El sexo masculino cantante recibió con un valor heróico una de aquellas gritas soberanas, mayúsculas, de las que hacen época en los anales de un teatro.

El nuevo tenor, Sr. Restano, vió caer á sus pies un huevo, y no vació por mas señas, y eso que antes nos habia regalado un *dó de pecho*..... de á 12 reales fuertes, valor de la entrada y luneta.

El Sr. Hermetti, barítono segun dicen, cantó primero una cosa que en el cartel se llamaba duo de *I Masnadiere* y otra cosa que dijeron era el aria de *la Calumnia*. En ambas le acompañaron los compasivos espectadores, ayudándole á sobrellevar tan ruda tarea con obligados de trompetillas, exclamaciones de todo género y temblores de trepidación.

Enfin, para que los no asistentes al espectáculo puedan formar una idea de la función, baste decir que hubo hasta fuegos artificiales disparados por el respetable público. Con esto está dicho todo.

Cerraremos el capítulo de espectáculos públicos recomendando á nuestros lectores el beneficio del Sr. Viñolas, que debe tener efecto en Villanueva en la noche de hoy domingo. El anciano actor que tantos lauros ha adquirido en nuestra escena, bien merece que el público habanero acuda á su llamamiento y le dé una muestra patente de sus simpatías.

La crónica charlatana hace circular en estos días un cuento, cuya exactitud garantizan personas respetables, *al parecer*, como dicen los escribanos.

Parece que un señor, en el otoño de su vida, ha tenido la idea de enamorarse de la hija y el dinero de un capitalista de esta ciudad.

El respetable enamorado ha oído decir que al padre de su adorada le gustaba el queso y acordándose del

consejo de adorar al santo por la peana, se ha decidido á tomar la plaza bombardeando al futuro suegro con proyectiles de Patagrás, Gruyere, Chester, etc.

Pero la lástima es que el suegro no se ablanda por mas que el yerno le persigue queso en mano.

Un amigo mio se ocupa en hacer una estadística, de la cual se desprende un hecho curiosísimo.

Existen en la Habana mas mugeres casadas que hombres casados.

¡He aquí una cosa que no deja de ser extraña!

La única explicación que tiene este prodigio me lo guardo para mí solo.

Todo lo que puedo hacer es comunicarla á domicilio, á las señoras, por supuesto.

Y aun á estas con la condición de que sean jóvenes.

En cuanto á las viejas soy del parecer de aquel filósofo que decía:

—No hay mas que tres clases de mugeres posibles: la madre, la hermana y la muger bonita.

No puedo pasar desapercibida una buena ocurrencia de un criado de una encopetada familia.

El apreciable doméstico estaba encargado de distribuir los refrescos á la escogida sociedad que se reunía en la casa con motivo de un concierto. Presentóse con una gran bandeja en la cual se veían tres órdenes de vasos, unos llenos, otros á medio llenar y otros enteramente vacíos.

—¿Para que es eso? le pregunta el amo.

—Señor, los vasos llenos para los que tengan mucha sed, los vasos medio llenos para los que no tengan tanta....

—¿Y los vacíos?

—¡Ah! los vacíos..... para los que no quieran tomar nada.

¡Oh sencillez campesina! cuanto justificas los elogios que constantemente te dirigen.

Un hombre del campo, que tiene en el *idem* á toda su familia, y que segun parece no se apresura á dar noticias de su importante salud, recibió últimamente una carta de su alarmada esposa cuyo contenido (el de la carta) era el siguiente:

«Mi querido Sidor: Acemila ños que no rresibio noticias tullas; si estás enfermo enbiamelo á desir pa estar tranquila.»

¡O sencillez campesina!

## PROGRESO INDUSTRIAL.



(La escena pasa en la Alameda de Extramuros.)

—Oh! Si señor: lo mismo que yo digo, D. Sebastian. En cuanto pongan luces y asientos á este salón, será un pequeño paraíso.

—Sí, porque lo que es ahora .....

—Lo que es ahora, está uno espuesto á romperse las narices contra un poste de hierro ó de carne, conforme sea la distracción del individuo.

HABANA:—Librería é Imprenta "EL IRIS," Obispo número 22.